

yos del sol que por ellos se estienden, y que desto se gloriaba y estaua muy ufano; y así mandó luego se hiciesen las osequias de todos los señores que en aquella batalla auian muerto y fuesen con la solemnidad acostumbrada; las quales se hicieron con tanto aplauso y solemnidad como atrás queda dicho, de las ceremonias y ritos funerales, en particular de los que en las guerras morian.

Preguntando *Montezuma*, cómo en el Tlatilulco no celebrauan las osequias de los que de su parte auian muerto en la guerra; á lo qual le fué dicho, cómo ninguno auia muerto en aquella guerra, de lo qual muy enojado y ayrado preguntó la causa, diciendo: ¿cómo es eso? pues mueren mis hermanos y deudos muy cercanos peleando por el amor de la patria, como valerosos, y juntamente con ellos mueren los señores de las prouincias y valerosos soldados; ¿y los tlatilulcas se vuelven con sus manos labadas, sin morir uno ni ninguno? ¿dónde se sufre que esten ellos riéndose de nosotros y á la mira holgándose de nuestro mal y daño? ¿no saben esos traidores que son mis vasallos? ¿solo se an de contentar con darme un tributo baxo y çeuil? <sup>1</sup> para eso son mis tributarios y auéndolos yo vuelto á mi gracia tornan á hacer de las tuyas. Pues yo mando que doy mas <sup>2</sup> me tributen esclavos, como me tributauan las demas prouincias y que quando vamos á la guerra no vayan en nuestra compañía, sino que vayan por sí, y pelén por sí, y que de nadie sean ayudados; lo qual si no hicieren, juro por los dioses de los tornar á destruir y vengar mi zaña en ellos: y vayan luego á se lo decir. Los señores, como vieron al poderoso *Montezuma* tan ayrado, todos temiendo su enojo, con palabras de gran umildad le respondieron: señor poderoso: umildemente te suplicamos aplaques tu yra, la qual no sea causa de algun repentino suceso de tu salud y vida, la qual deseamos se conserve: ya la sentencia está dada, y pues su descuido lo merece, execútese como lo mandas; y enviando dos executores de la sentencia, de los mas principales de la corte, se la fueron á notificar, y juntando á todos los mas ancianos de aquella parcialidad y á los señores y regidores de la ciudad, se la notificación y mandaron de parte de la magestad del rey, que ninguno de-

<sup>1</sup> Así en la copia: tal vez *civil*, en contraposicion al llamado *de sangre*.

<sup>2</sup> Que de hoy en adelante.

llos fuese osado de entrar en la corte de México hasta tanto que se señalasen en la primera guerra que se ofreciese y truxesen sus prisioneros. Los tlatilulcas, mostrando mucha humildad y conocimiento de su culpa, hicieron gran sentimiento con lágrimas y actos exteriores de tristeza, temiendo no ser destruidos, acordándose alguno de los viejos, que aun vivian, de la destruicion que el padre de *Montezuma* auia hecho en ellos, enviando á pedir perdon al rey con toda humildad posible, prometiendo en lo futuro de se enmendar.

Volviendo al rey los executores de la sentencia, le contaron cómo en cumplimiento de su mandamiento auian ido al Tlatilulco, lo auian recibido con mucha umildad y conocimiento de su culpa y que lo que mas auian sentido era el privalles la entrada en su real casa y corte, pero que ellos lo cumplirian hasta que su real persona les alçase este destierro, el qual esperaban como de padre y madre piadosa. Idos los mexicanos, los tlatilulcas entraron en su consejo de lo que deuián hacer, entre los quales uvo pareceres que procurasen libertad, pero otros viendo sus pocas fuerças, dixeron que no, que el valor de *Montezuma* era grande y que ellos no tenian cabeça ni valor para poderle resistir; que lo mejor seria procuralle aplacar con señalarse en algun buen hecho, y que con esto volverian á su gracia y amistad; lo qual determinaron hacer en ofreciéndose ocasion, y así estuvieron un año preciso, que no entraron en la corte, ni vieron la cara del rey, ni los quiso admitir ni perdonar, ni alçar el destierro ni privacion.

En este medio tiempo se ofreció ir á la guerra de Teuctepec, los quales, como no quedaron del todo vencidos, sino salteados con la celada que los mexicanos les auian puesto y engañado, que les auian hecho en pasallos desta parte del rio, como antes queda referido, no queriendo acudir á reconocer á *Montezuma*, antes auiendo hecho mucho daño á los caminantes y mercaderes, auian hecho otra nueva cerca desta otra parte del rio para no ser engañados tan fácilmente, entendiendo ser inexpunables; lo qual venido á noticia de *Montezuma*, mandó apercebir sus gentes, tantas que cubrian el sol <sup>1</sup> de todas las prouincias, y que luego saliesen á aquella guerra

<sup>1</sup> Tal vez—“el suelo.”

y que della no volviesen sin morir, ó que aquella provincia quedase subjeta á su corona Real, ó destruida si mostrasen resistencia.

Partida la gente, á esta cuyuntura, entendiendo los del Tlatilulco alcanzar perdon de sus deméritos pasados, truxeron gran cantidad de bastimentos de todo género para la guerra y muchos generos de armas y cosas necesarias para este viaje, y presentándose ante los señores de México con su presente y provision, fué avisado *Monteçuma* y recibiendo gran saña y enojo los mandó echar de la ciudad y que no los recibiesen cosa de lo que traian, y así muy corridos y afrentados se volvieron á su ciudad con todo lo que auian traído; y determinando, por via de la guerra ganar lo que por dá-dibas no podian, convocaron sus gentes y ordenando un gran ejército, conforme á su posibilidad, y caminando de noche y de día, llegaron á Teuctepec, antes que el ejército de México; y ordenando sus gentes y dividiéndolas en escuadrones empezó á dar la batería, y ganando la primera cerca, que estaba recién hecha desta parte del rio, forzó á los de la ciudad á pasar el rio, y no pudiendo el ejército tlatilulca pasar, llegó á la saçon el mexicano, con cuya ayuda y favor pasó él y los demas y peleando todos valerosamente derribaron las cercas, que eran cinco, y pegaron fuego á la ciudad y prendieron mucha cantidad de hombres y mugeres y niños, dexando la ciudad despoblada, y rendida al servicio de *Monteçuma*, aunque con muy poca gente por la mucha que auian muerto y captivado por su reueldía de no quererse dar ni sujetar, de lo qual fué luego dado noticia á *Monteçuma*, y en particular de cómo los tlatilulcas se auian señalado en lo mas principal y que entre todos traian dos mill soldados presos auidos y captiuados en aquella guerra, sin las mugeres y niños esclavos que traian, y que gran número de visos-ños moços, que nunca auian ido á guerra ninguna, auian hecho maravillas, por donde venian señalados con la señal que sus leyes mandaban, y que no tenian quento los muertos que por el campo quedaban; lo qual oydo por *Monteçuma*, dió gracias á sus dioses y en particular al Dios de lo criado, y á los señores que con tanta diligencia auian hecho lo que estaban obligados, y sabiendo que ya llegaban los hiço salir á recibir con las cerimonias que se usaban, de gran contento y placer, recibiendo á los captivos con la reueren-

cia que solian, porque, como e dicho otras veces, á estos que auian de servir de víctimas hacian gran recebimiento y reuerencia, al modo que los sacerdotes de la ley vieja honraban y reuerenciaban á las víctimas de beceros y corderos que sacrificaban en el templo.

Llegados todos á México, entraron los de Tlatilulco con quinientos captivos á presentarse á *Monteçuma*, el qual, con parecer de los grandes, los recibió á su gracia y recibió el presente y los reconcilió á su corona real y les alzó el destierro y privacion de entrar en la corte, admitiéndolos á los oficios que antes tenian, y mandó que los captivos fuesen regalados y curados con mucho cuidado; y es de saber que tenia *Monteçuma* esta costumbre, que en mostrándose alguna nacion ó parcialidad de sus provincias cobarde en la guerra, luego usaba del castigo que usó con los del Tlatilulco, que era privalles de su vista y de entrar en la corte y de todos los oficios reales, hasta que restaurasen aquella cobardía con alguna grandeça, con la qual se aplacaua y los convertia á su gracia y amor, lo qual usó con sus mesmos parientes y mexicanos muchas veces, como adelante diremos.

## CAPÍTULO LX. <sup>1</sup>

De la guerra y enemistad que se leuantó entre tlaxcaltecas y vexotzincas, y de cómo los vexotzincas acudieron al rey de México por socorro, y cómo se lo dió.

Tuvo la nacion mexicana grande cuidado con la quenta de los años, para lo qual tenia viejos y hombres ancianos hábiles y muy enseñados en aquella ciencia de las endomadas <sup>2</sup> y el número dellas y las olimpiadas y el número de años que en la olimpiada y edomada auia y contauan los años del jubileo; que era en cinquenta y dos años en cinquenta y dos años, aunque otros dicen que era de ochenta en ochenta años, en lo qual creo ay equivocacion en

<sup>1</sup> Véase la lámina 22<sup>a</sup>, part. 1<sup>a</sup>.

<sup>2</sup> Hebdómada, ó semana. Estas y las otras voces semejantes no deben tomarse en su rigorosa significacion; el autor las emplea, simplemente, como denotativas de las varias divisiones del tiempo.